

# La lengua de los áspides

## Chiño.

A mediados de junio, cuando el profesorado se encontraba en plenas evaluaciones, el Ministerio de Educación *re-presentó* los resultados sobre el rendimiento de los escolares en la enseñanza obligatoria, segunda entrega –y suponemos que definitiva- del avance conocido tres meses antes. El eco en los medios de comunicación fue notoriamente inferior al que en su momento levantó el avance del estudio hecho por el INCE –Instituto de Calidad y Evaluación-, tal vez porque maestros y profesores hacían más caso a su trascendente tarea de evaluar que a los discursos reprobatorios de la responsable ministerial. La obstinación de **Esperanza Aguirre**, ministra de Educación y también de Cultura, es una virtud que no se le puede negar, aunque para ello eche mano de recetas de época de escasez, cuando el mismo trozo de tocino era usado para dar sabor a sucesivos cocidos.

El diagnóstico general del sistema educativo habla de *resultados preocupantes, importantes lagunas y deficiencias en la formación básica*, conclusiones éstas que han servido para que la ministra insista en que es necesario un reforzamiento de las humanidades y de las matemáticas.

La apelación a las matemáticas supone una cierta novedad en el discurso ministerial, bien porque así lo demuestre el estudio, bien porque las ha incluido como una parcela más de las humanidades, como una parte consustancial del saber conquistado por el hombre y no revelado por la divinidad.

Interesa hoy centrarnos en *la lengua*, en *las lenguas*, pues en la diversidad de las Españas contamos con más de una lengua oficial. Aunque el estudio del INCE mantenga que existen deficiencias en la expresión oral, en la forma de escribir de nuestros niños y chicos, no hemos de dejarnos llevar por la incredulidad que nos provoca cualquier aserto pedagógico de este Ministerio. Con seguridad es preciso un mayor empeño en el buen uso de esta herramienta fundamental para la vida: *el lenguaje*. En la escuela, una mayor presencia horaria no tiene una solución apañadita, porque las sesiones lectivas semanales de *lengua* no pueden ser incrementadas de forma gratuita y más en aquellas comunidades que poseen otra *lengua oficial* cuya incorporación en su momento a los programas escolares se tradujo, preferentemente, en una disminución de las horas del área de matemáticas. Más bien cabría optar por considerar la enseñanza y el buen uso de las *lenguas* en todas las horas escolares, velando todo el profesorado por una corrección expresiva. Y no solamente el profesorado, sino la comunidad educativa en general, las madres, la inspección, los padres y las autoridades educativas.

Ampliando la referencia espacial, para hablar y escribir bien no sólo es precisa una buena instrucción escolar, sino que toda la sociedad habría de ser partícipe y aplicarse oportunamente en la lectura, en la ortografía, en el verbo correcto. Para esta empresa, el sistema educativo tiene unos claros límites, pues la ciudadanía ya formada y en muchos casos estudiada depende más de sí misma, del empeño individual por mejorar, del ejemplo de los grupos y personas con relevancia social. A lo largo del verano he disfrutado con El dardo *en la palabra*, de **Fernando Lázaro Carreter**, libro ameno, ágil e inteligente, de lectura recomendada por vía de urgencia para cualquier lector de la T.E. Confesaré que el hecho de estar escrito por el director de la Real Academia de la Lengua alimentaba el prejuicio que mantenía contra este profesor universitario, pues es autor de varios libros del bachillerato

anterior a la Ley 70 de recuerdo no muy grato para los bachilleres de la época. Desterradas las ideas previas, el profesor expone con una brillantez no exenta de ironía los males que aquejan al castellano en este fin de siglo: importación innecesaria de palabras, giros y construcciones del inglés y del francés; empobrecimiento del vocabulario por la utilización de términos comodín que se adhieren como carcoma a nuestra habla; tendencia de diferenciación artificiosa en la expresión coloquial. El académico resalta también que los sectores de la sociedad más influyentes –políticos, hombres de empresa, ejecutivos, periodistas- son los que más acuciados andan en este afán diferenciador del hablar distinguido, con unas consecuencias nefastas para el habla de toda la sociedad. Los sindicalistas no salen mejor parados, más bien al contrario pues sus discursos son los primeros en ser contaminados por giros y modismos de políticos de poco lustre. Diríase que el lenguaje sindical es el más propenso a todo tipo de infecciones víricas y bacterianas que afectan al buen decir, el más expuesto a las modernidades artificiosas.

Y es que en este país hay mucha gente que habla fatal. Sólo hay que echar una visual a nuestro espacio próximo, de nuestro pueblo o ciudad, para convencernos de que es necesario cambiar esta tendencia. A las incorrecciones lingüísticas habría que añadir, para completar el mapa, el abuso en los tacos, la presencia de expresiones soeces, la inmarcesible blasfemia. Muestras tenemos hasta en las más altas instancias de la judicatura, del deporte, de la política o de la economía. El seleccionador español de fútbol utiliza como recurso habitual para aplacar a las voces disidentes un lenguaje grosero e impropio en un responsable deportivo de su altura. Es conocida, también, la facilidad de algunos responsables políticos, varones ellos, a situar en primer plano sus atributos sexuales como razón supuestamente de peso para avalar una iniciativa poco grata o incomprendida por los administrados. Hasta el mismísimo Presidente de las Cortes, de recia formación católica y comedido como pocos en pensamiento, obra y palabra, tuvo un desliz venial, un *lapsus linguae*, cuando pensaba que los micrófonos de sala no estaban en funcionamiento y el taco se le deslizó.

Puestas así las cosas, vamos poco a poco comprendiendo que no podemos encargarle en exclusiva a la escuela esta tarea, que los niños y chicas van creciendo, asumen responsabilidades en la vida y se olvidan de los buenos modos, desatendiendo en ocasiones las reglas más elementales.

En esta casuística del mal hablar, sacamos a colación las declaraciones de un Premio Nobel de Literatura, cuando al ser preguntado por los actos de homenaje a **García Lorca**, se despachó contra homosexuales y lesbianas con una frase tan hiriente y grosera como reveladora de una mentalidad torva y estrecha. Otro mal ejemplo para nuestros alumnos.

¿Qué podríamos proponer?. Tal vez un retorno a fórmulas de otras épocas, quizás ahora pudieran tener más éxito que en su momento. Al igual que hay concursos de redacción, certámenes escolares de relatos, podrían los ayuntamientos, consejerías y ministerios convencer mediante campañas el buen uso de las lenguas, comenzando consecuentemente por ellos mismos. Repasando las hemerotecas, surgen joyas impagables. En 1948 se organizó entre los escolares vigueses una *campaña escolar contra la blasfemia*, consistente en controlar el uso de expresiones soeces propias y, es de imaginar, que también de las ajenas. Desconozco si el tutor anotaba en el cuadrante del alumnado las blasfemias proferidas, ignoro si la frecuencia de las mismas se traducían en la nota de evaluación o en penitencias más severas, propias de la época. Lo que no tenía desperdicio era el inquietante lema: *la lengua del mal hablante es un áspid repugnante*.